

religiones, de escuelas filosóficas, de protocolo y majestad, se acompañaba de elegantes partidas venatorias, tableros de juego, tribunas palatinas de músicos, horóscopos de estrellas, prodigios de magos, artificios de Herón o de Arquitas, novelas de Mileto, relojes de agua, sol y arena—clepsidras y gnómones—, curiosidades de Eliano y figuras de portento para diversión o aparato de corte. Dos españoles fueron, para mí, los grandes herederos, entre nosotros, de tal sentido: Juan de Herrera y Miguel de Cervantes.

A pesar de Mecenas, de Adriano o de Galieno, y a pesar de que Roma, desde los Escipiones, iba logrando un tipo de educación y diversión perfectas, hay que saltar desde los Ptolomeos a Bizancio—más de cuatro siglos—para hallar este modo de ocio, de entretenimiento y cortesía, imitado por algunos califas, como Harun-As-Rachid, que regala a Carlomagno un reloj de agua con figuras de movimiento, y al mundo, *Las mil y una noches*. En la particular predilección por las invenciones mecánicas o los instrumentos de la ciencia, que va del molino al astrolabio y de la catapulta al autómatas, encontraremos siempre un fondo griego y una lengua griega. Su memoria de remotos prodigios se recoge en la alta Edad Media para los soberanos de Alemania, y da lugar a un libro que se llama precisamente *Ocios de los Emperadores*. Ya están allí, bailando, los autómatas de Carlos V.

La tradición de príncipes que se divierten con la sabiduría y la invención se hace alemana. Tiene ya el precedente carlovingio; pero luego llega hasta los días de Alberto de Sajonia Coburgo Gotha, con su Palacio de Cristal, o del Príncipe de Baviera, esposo de nuestra infanta Doña Paz de Borbón, y especializado, por ejemplo, en el microscopio, con espléndidas publicaciones, que cumplen más de medio siglo. Luis II, en medio de su deshecha demencia, exalta su doble pasión por la música y la arquitectura, que son, para él, casi inherentes a la majestad. Príncipes alemanes, del tiempo renaciente o barroco, reproducen en el reloj de Estrasburgo o los juegos de agua de Salzburgo los juguetes mecánicos e hidráulicos de Herón de Alejandría, que tanto preocuparon a un jesuita alemán, el Padre Kircher, inventor de la linterna mágica, erudito grande en relojes y precursor de los estudios sobre la escritura jeroglífica. A él le hubiera gustado reconstruir los autómatas de San Alberto de Maguncia. El primer gran reloj parisiense fué construído por el alemán Enrique de Vic, por encargo de Carlos V *el Sabio*, hijo, como nuestro Rey Sabio, de princesa alemana. En el siglo XVIII el alquimista a sueldo del soberano de Sajonia, terco aun en el hallazgo de la Piedra Filosofal, descubre en los residuos vidriados de un crisol la porcelana de Sajonia, que tan a punto llega para ornar de floridos caprichos de colores el siglo de oro de la relojería. Los ejemplos se hacen ya innumerables.

II.—GERBERTO EL AUVERNES

El famoso monje Gerberto de Aurillac, que fascinó al joven emperador Otón III, era el mejor matemático de su tiempo y probablemente el inventor de los relojes europeos de ruedas. Construyó, según dicen, el reloj de Magdeburgo, y este modelo fué—según dicen—el que perduró con algunas variantes hasta 1650. Por lo menos, autoridades máximas en relojería, como el gran Berthoud, en su *Essai sur l'Horlogerie* (París, 1763), y el Padre Alexandre, en su *Traité des Horloges*, son de esta opinión. Cuando aquel fraile relojero de Fleury, Gerberto, se convierte en el Papa Silvestre II, tachado de astrólogo y mago, se realiza por primera vez la coyuntura de Adriano de Utrecht y Carlos V—magna conjunción de Sol y Luna en la simbología medieval—, o sea la de un Papa maestro y amigo de un emperador de Alemania. Otón III, en su papel de Luna, pide luz al Sol para el Imperio y



Las cabezas parlantes del Abate Mical, que exhortaban a la paz de Europa (1783)



Autómatas de Vaucanson: El flautista, el pato y el tamborlero